

LIBROS

Relatos de Dashiell Hammett

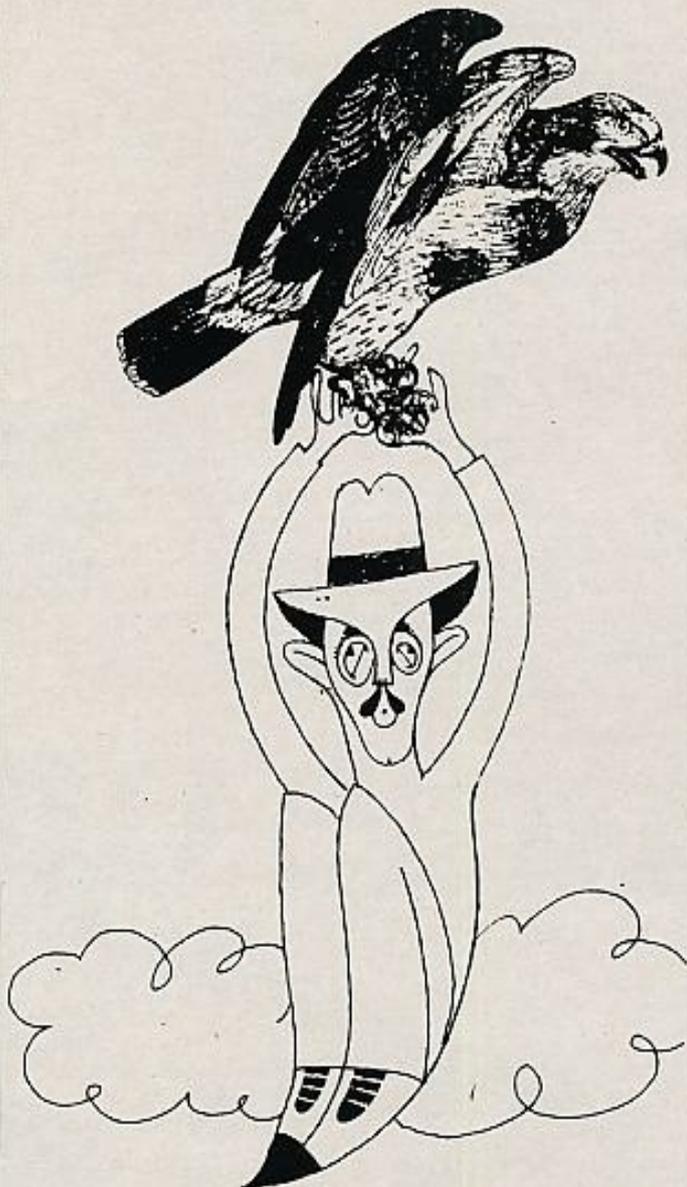
La lectura de las novelas largas de Dashiell Hammett (1894-1961), "Cosecha Roja", "La llave de cristal", "El Halcón Maltes" o "El hombre delgado", me descubrieron a un escritor de profundas raíces realistas y populares. Trastocando los esquemas de la novela policíaca concebida como un problema artificiosamente complejo que una mente superdotada resuelve, sus obras situaban el crimen y la violencia en el marco de la sociedad americana. Más aún, en el período del pistolero, la depresión, la ley seca, las huelgas, paros y luchas sociales, etcétera.

Luis Cernuda analizó brevemente la obra del escritor al producirse su muerte en 1961. Sus opiniones, siempre agudas y sutiles, sirven de prólogo a la edición española de "Cosecha Roja": "En él se reconoció, al mismo tiempo que a un 'best-seller', a un escritor para escritores, a un técnico agudo en el arte de la novela y a un estilista".

Este novelista, que tanto atrajo a Cernuda, entusiasmó a Malraux, tuvo la atención y el aprecio de Gide, fue devorado por millones de lectores, consiguió que sus narraciones revelaran unos comportamientos sociales que determinaban fatalmente la aparición del crimen y la violencia. Describía los rasgos de una sociedad basada en la ambición de poder y dinero, a cuya posesión está subordinado todo.

Sus detectives son gentes normales, hombres de acción, astutos y listos en la medida que han tenido como escuela los barrios sórdidos de Chicago, Nueva York o San Francisco, se han forjado en la lucha brutal por la supervivencia, están impregnados de los vicios y reflejos del mundo que les rodea. Son seres ciegos ante las contradicciones del sistema, y sin embargo, por una especie de primigenio espíritu de justicia, se rebelan contra sus leyes y sus lacras. En "La llave de cristal", por ejemplo, la mejor de sus novelas en mi opinión, Ned Beaumont descubre con su actuación la relación existente entre el gran capital, los "gangsters" y el poder político americano, pero él se limita a seguir la pista de un crimen y sólo después desmantelará el tinglado electoral corrompido.

Acaban ahora de aparecer cinco relatos cortos de Hammett, con el título genérico de "Dinero



Dashiell Hammett, visto por Vázquez de Sola.

sangriento" (1). Son la primera parte de los diez que forman la edición original "The Big Knockover", entre los que se encuentra la novela inconclusa "Tulip". El prólogo de Lillian Hellman, escritora también y compañera suya hasta la muerte del novelista, es una apretada sucesión de recuerdos subrayados por la ternura o el patetismo contenidos. Pero, además, el prólogo de Hellman nos revela de sopetón muchas cosas que habíamos sospechado o intuido en la lectura de sus novelas. Descubrimos a un Hammett lector infatigable, cazador y pescador, de vastos conocimientos en mil temas distintos, apasionado de la naturaleza, generoso, digno y orgulloso, despreocupado del dinero, trabajador minucioso, etcétera.

(1) Dashiell Hammett: "Dinero sangriento". Edición e introducción de Lillian Hellman. Traducción, Ana Goldar. Edt. Bruguera. Barcelona, 1977.

Lillian Hellman nos habla también de un Hammett que estudia a Hegel y los clásicos del marxismo. Asegura que no sabe si perteneció al Partido Comunista, pero afirma que "está segura de que era marxista. Pero un marxista crítico, despectivo a menudo con la Unión Soviética, del mismo rústico modo en que muchos extranjeros se muestran despectivos frente a los extranjeros. Muchas veces se mostró sarcástico y mordaz al hablar del Partido Comunista americano, pero, en última instancia, fue leal a ellos". Una de esas últimas instancias fue su negativa, en 1951, a revelar el nombre de los contribuyentes a la Asociación de Derechos Civiles, sospechosa de flocomunismo, de la que era fideicomisario. Aunque Hammett jamás había estado en las oficinas del Comité, cuando la siniestra Comisión de Actividades Antinorteamericanas, creada por el no menos siniestro Mac

Carthy, le llama a declarar, no dice que no conoce los nombres, simplemente no contesta, porque debe "mantener la palabra empeñada". Ante los apremios de su compañera, se limitó a responder: "Quizá sea mejor que te diga que si hubiese en juego algo más que la cárcel, que si se jugara mi vida, la daría por lo que considero que debe ser la democracia, y no permitiré que la 'poli' o los jueces me ordenen qué debo pensar sobre este tema".

Hammett fue a la cárcel, en donde le dedicaron a limpiar lavabos y letrinas en el penal de West Virginia, donde cumplió condena. Saló enfermo y su vida después fue una lenta marcha hacia la muerte. Pero fue fiel a sus principios y demostró tener la lucidez que a sus personajes faltaba y era su forma de instarnos a ver las cosas claras.

Los cinco relatos que ahora se publican poseen las características del estilo narrativo del escritor. Su conjunto es inferior a sus grandes novelas, porque el minucioso ejercicio de la acción y la intriga tienen aquí un desarrollo más corto. Surge ya esa especie de escritura automática, de síntesis narrativa, de diálogo tenso y veloz, de saltos en el tiempo y la acción que caracterizan su estilo y estructura. Pero no faltan pasajes de cierta morosidad retórica e incluso demasadas cosas se resuelven mediante largas explicaciones que dejan al margen la permanente capacidad de sorpresa de sus novelas grandes. "Povel cazamoscasas", "El saqueo de Coufrignol", "La cara quemada", "Estúrpe Real" y "Dinero sangriento" constituyen no obstante un revelador conjunto de relatos respecto a los comienzos de un Hammett que ya llevaba implícita la maestría que después desplegó. ■ JUAN ANTONIO HORMIGÓN.

Entre la liberación o la barbarie, la Historia

Aparte de otras cuestiones, la ciencia marxiana no ha sabido prever al neocapitalismo y, de ahí, su perplejidad política ante esta imprevisible evolución del capitalismo decimonónico. Más que la explotación económica lo que al neocapitalismo interesa es la dominación social; para ello se ha dotado de un poder capaz de domesticar la lucha de clases, de integrar al sindicalismo, de trocar a los partidos socialistas en gestores de sus intereses. El omnipotente Estado neocapitalista ya no evoca en el campo obrero, el instrumento político de la clase explotadora, sino la imagen del órga-

no rector capaz de hacer justicia a sus reivindicaciones. Con este paso atlético F. Díez del Corral va recorriendo la historia de las ideas científicas marxianas.

De su demoledor balance el autor no deduce, contra lo que sería más lógico, una retirada del marxismo, sino que hay que "reinventar un nuevo radicalismo revolucionario". Porque, y en esto insiste el autor, quienes menos se han enterado del desfase entre ciencia marxista y realidad histórica han sido los mismos partidos socialistas y

comunistas. No sólo no se han enterado sino que han vivido la grandiosa paradoja de mantener un lenguaje "revolucionario" mientras, prácticamente, eran integrados en el juego neocapitalista. Y, para el caso, tanto da la socialdemocracia como el eurocomunismo.

Este tipo de análisis refleja una sensibilidad socialista, crítica y muy en boga. Pero inquietante. En efecto, si la historia (la praxis) ha falseado la prognosis científica del marxismo, ¿cómo seguir creyendo en el proyecto socialista? Y de eso se

trata, según el autor, de montar una nueva estrategia que tenga en cuenta la novedad de la historia y la caducidad de posiciones clásicas. Es difícil no darle razón al autor en muchas de sus críticas, de ahí la necesidad de responder a la pregunta planteada, so pena de que, de ahora en adelante, el proyecto socialista exija un tipo de adhesión eminentemente religiosa.

La posibilidad de tomarse en serio un proyecto político, cuando la historia ha falseado su componente científico, es la específica cuestión hermenéutica

que afecta a todas las ideas que han tenido la suerte de institucionalizarse históricamente.

Esta problemática que el autor no se la plantea directamente porque se la resuelve de un plumazo recurriendo a la distinción, en el discurso marxiano, entre Weltanschauung o "visión del mundo" y teoría científica. Pero ese es el problema: para que la Weltanschauung marxista no sea una imagería idealista tiene que corresponder a su teoría científica; sólo así la Weltanschauung puede llegar a ser una auténtica utopía.

La omisión de esta temática revela, al mismo tiempo, la fragilidad de sus análisis. En efecto, la evolución del capitalismo decimonónico al neocapitalismo ha sido posible gracias a la existencia del marxismo. En la lucha dialéctica del marxismo con el capitalismo, el primero se ha dejado la piel a tiras, es decir, ha determinado la transformación del capitalismo, pagando, como precio, la verdad de muchas tesis suyas, tales como la pesimista ley de la "pauperización absoluta" o la optimista del "proletariado, sujeto de la revolución". El discurso marxiano no previó esta manera de realización práctica de tesis teórica, pero el marxismo sí que lo ha ido viendo.

Por otro lado, no hay que perder de vista que el marxismo no es sólo la historia de los vencedores: al lado de la versión leninista del marxismo, o de la concepción de partido que subyace en los partidos socialdemócratas o comunistas, ha existido, simultáneamente, un pensamiento crítico y unas alternativas organizativas que denunciaron los límites de la versión leninista o del pragmatismo que caracterizó, primero, a la socialdemocracia y, ahora, al eurocomunismo. Los nombres de Pannenkoek, Lukacs, Korsch, Labriola, Mariátegui, etc., no son puntos perdidos, sino hitos de una historia crítica que han sido conscientes de la hipoteca que conlleva la influencia directa en la historia. No se trata de enfrentar a los pensadores críticos con los pragmáticos históricos. El hacer historia exige un determinado precio, que es una auténtica hipoteca que debe ser tenida en cuenta. La existencia de ambas posturas denota que el marxismo ha estado presente activa y críticamente en la Historia. Y esa presencia es la que legitima hoy lo que el autor pretende "reinventar un nuevo radicalismo revolucionario". Para el marxismo esta operación no es ni oportu-

Tradiciones populares

¿Hacia una democratización de la feria de Sevilla?

Hace unos cuantos años —creo que era por 1972—, la entonces Alianza Socialista de Andalucía, hoy PSA, quiso poner una caseta en la feria de Sevilla. Eran los tiempos de la Mesa Democrática de Andalucía, y los hombres de ASA la querían ofrecer unitariamente a toda la oposición. Los tomaron por locos, como a los canónigos que mandaron hacer la catedral de Sevilla:

—Chicos, sería dársele en bandeja a la Policía...

Y ASA se quedó sin caseta, que hasta estuvo pedida y todo la concesión de una parcela por el Ayuntamiento, que es quien da los terrenos en el campo de ferias de Los Remedios.

Ahora, lo que son las cosas, se han puesto de moda las casetas políticas. Los comunistas de Bellavista fueron los precursores, después del nonato intento de ASA. Todavía en tiempos de clandestinidad, en 1976 se cantó "La Internacional" en la caseta de Bellavista, cuando Simón Sánchez Montero la visitó y recordaba a quienes aún estaban en la cárcel. De Bellavista, el ejemplo ha pasado a la feria toda. E incluso ha habido el rasgamiento general de vestiduras propio de estos casos y la puesta de gritos en el cielo difícilmente azul de polvo de albero:

—La feria no puede politizarse...

El caso es que la feria se ha politizado. Bueno, y lo de siempre. La feria estaba ya politizada. Sin mucho meternos en honduras, un repaso a la "relación alfabética de adjudicatarios" de las casetas de feria de los siguientes casos de presencia de entidades políticas: Antiguos Combatientes de San Gonzalo, Circulo Hispalense (vinculado a la Jefatura Local del Movimiento), Delegación de Joven-

tudes, Fuerzas USA, Hermandad de Legionarios, Hermandad de Sargentos Provisionales, Obra Sindical de Educación y Descanso, Obra Sindical 18 de Julio, etcétera. Si esto no era presencia política de la familia, el municipio y el sindicato en la feria, que vengan Narciso Bonaplata y el conde Ibarra, que fueron el catalán y el vasco que la inventaron, y lo vean. Ocurre lo de siempre. Que las acusaciones de politizar la feria han partido precisamente de quienes antes la politizaron con peñas de ex combatientes y antiguos miembros de algo.

La presencia de los partidos, por otra parte, ha sido bien tímida. De entrada, el Ayuntamiento hizo la legalización por su cuenta y prohibió que en las casetas de los partidos hubiera siglas distintivas. Argumentaba que igual que la feria había hasta ahora estado exenta de reclamos publicitarios, también debía estarlo de los políticos. Después, los partidos hubieron de valérselas de la institución del adjudicatario amigo para hacerse con una caseta.

Pero las voces se corrieron. Y todo el mundo sabía que "La 23", de la calle Pascual Márquez, la antigua de Bellavista, era la caseta del Partido Comunista. Y que la 163, también de Pascual Márquez, una caseta con el frontal pintado en rojo, era del PSOE, en cuyo interior podía verse una caricatura de Alfonso Guerra y Felipe vestidos de flamencos, bailando unas sevillanas tocadas a la guitarra por Carlos Marx. Y que la caseta del PTE estaba en la calle Juan Belmonte, bajo el nombre casi de clandestinidad de "Peña Serrana", en la que incluso hubo en la noche grande del sábado una copa en honor de Eladio García.

Mucho se ha hablado de las casetas de los partidos de izquierda, como siempre ocurre. Que conste que el centro-derechista PSLA también la tenía.

—¿A nombre del partido?

—No, a nombre de un dirigente. Era la caseta de Antonio Ramírez.

De modo y manera que en parte la peregrinación de las casetas fue este año por las tinciones del arco iris político:

—Donde ponen un buen menú y barato es en el PSOE...

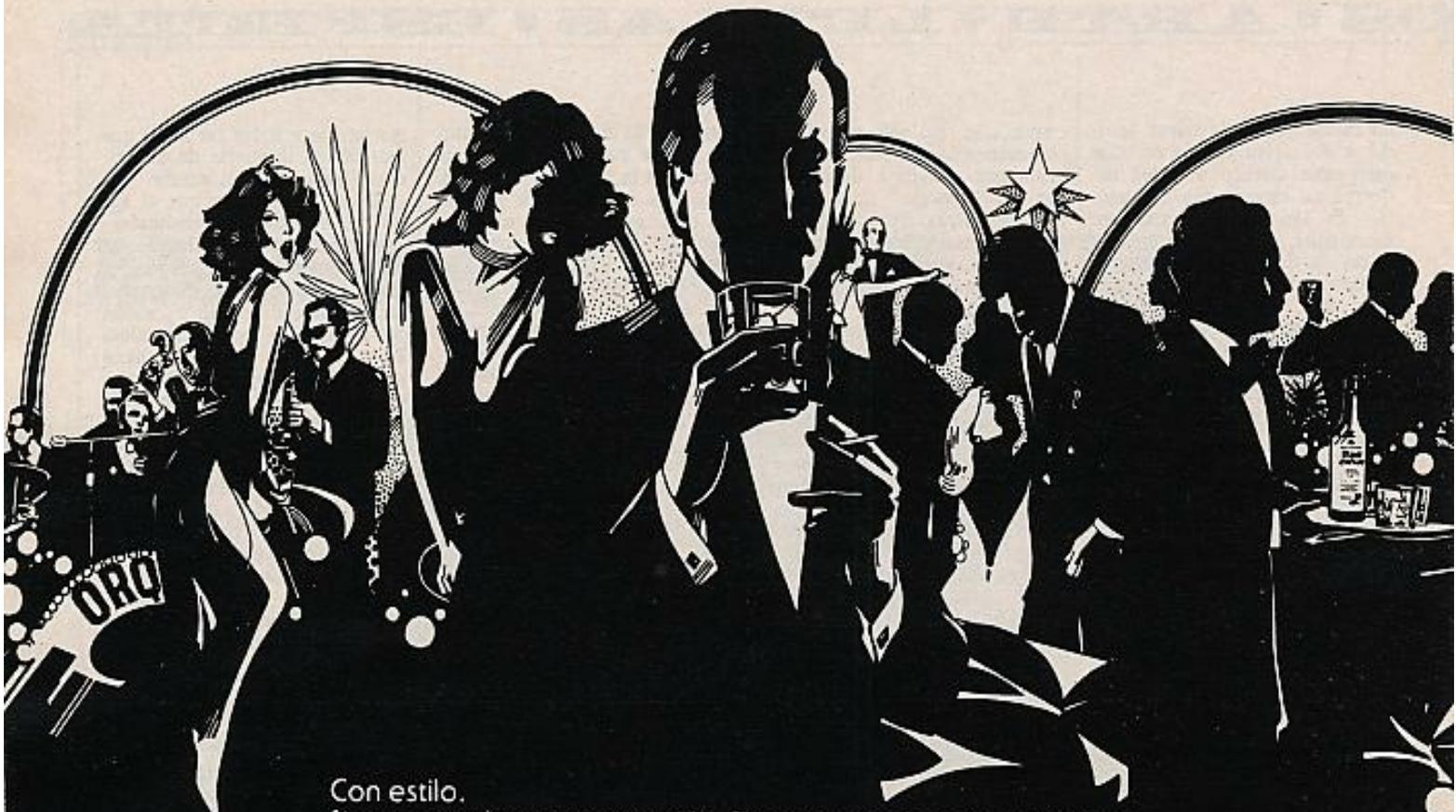
—Pues yo te recomiendo la tortilla de patatas que ponen en "La 23".

En la "Peña Serrana" hacia los honores Isidoro Moreno. En la del PSOE podía verse a la plana mayor de los socialistas sevillanos. ¿Y el PSA? Pues el PSA se quedó a última hora sin caseta. Ellos, que fueron los precursores de la idea, se quedaron como todos los sevillanos, de un lado por otro.

Y más a la izquierda de los partidos que pusieron caseta, las críticas:

—Se están comportando como los señoritos. A mí me da igual que sean los señoritos del Aero o del Pineda o que sea la ejecutiva de un partido legalizado. La feria es una fiesta clasista, montada por la clase dominante, y no se la puede reformar, ni mejorar con un falso juego de sustituciones. No se puede democratizar lo que es antidemocrático...

La verdad es que todo el pueblo de Sevilla estaba el domingo por la madrugada en la feria. Con partidos o sin partidos en las casetas. Y cada mañana, en los coches enjaezados (que le dicen) y en los trajes de faralaes (que le llaman), estaba la cosa muy popular. Muy de Alianza Popular, se entiende. ■ ANTONIO BURGOS.



Con estilo.  
Siempre en buena compañía. Siempre en el mejor ambiente.  
Donde quiera que te encuentres a gusto, Black & White.



**Black & White**  
SCOTCH WHISKY